

## Marcas en la pintura de Enrique Bautista Quijano

Amanda Oliveros\*

**E**n el recorrido del gesto escritural a lo figurativo, pasando por la huella que se vuelve marca, trazo que se reitera, se va dibujando el proceso en el cual se encamina el proceso pictórico de Enrique Bautista. Conocida su trayectoria en el campo de la antropología y la arqueología, un primer golpe de vista sobre sus cuadros nos reenvía, desde luego, al empeño de llevar a la tela la huella que marca el origen y nacimiento de la escritura, desde los sitios donde el deseo del arqueólogo fue a buscarla para hacer catálogo en el saber de esa disciplina. Sí, desde ahí invitamos al visitante y al lector de esta exposición a dar un paso más allá de esta primera mirada para seguir el recorrido hasta donde, dicho de otra manera, la huella que se marca en trazo se reitera y entre en un nuevo lugar: al de las artes visuales.

Una mirada sobre la serie de cuadros que van del trazado a la grafía configura un camino de ida y vuelta, donde el gesto pictural que posee la mano del dibujante va a un ritmo vertiginoso hasta desposeerlo, de tal modo que la plástica de la grafía se impone y se transforma en imagen de la plástica. En ese ir y venir del gesto pictural —que es grafía convertida en imagen plástica— se produce y se reitera un ciclo que incesantemente retorna al punto de partida para volver a relanzar en este trayecto, en imágenes, quizás la cuestión del tiempo cíclico, el eterno retorno al punto de partida, el paso de la marca a la grafía. Podemos ver dichas marcas en los detalles que adornan la periferia de los cuadros: hacen su contorno y acompañan de manera reiterada el proceso de producción que desemboca y conduce a acunar, en el centro de la nueva serie de cuadros, la plástica de la imagen alcanzada por medio del color y de técnicas mixtas que se deben a otro lugar: el de la plástica.

---

\*. Psicoanalista.

Una vez lograda la imagen plástica de las figuras antropomórficas que proceden de la búsqueda del arqueólogo, el observador se hallará de cara a los *Gritones*, cuya fuente –nos dice el profesor Bautista– remite a la cuna de la huella, esto es, a las pinturas rupestres, a los petroglifos del Alto Magdalena Sur, en la Serranía de la Lindosa del Chiribiquete.

En la serie de cuadros de Bautista Quijano se escribe, pues, el recorrido de la fuente a la pluma de la grafía que, por una especie de acto de prestidigitador, se pliega a la mano del pintor para que digite en plásticas imágenes los senderos en los cuales se mantiene viva, quizás, una pregunta válida para todos los tiempos: el paso del antropoide al humano, del animaloide de cinco patas al bípedo sin plumas, “del antes, mucho antes,” al ahora, al presente. Cuando la plástica domestica la pregunta por el origen, antes pregunta propia del catálogo del antropólogo-arqueólogo, y ésta traspasa un umbral que desemboca en nuevos cuadros, en los cuales los *Gritones* cuasi hablan y nos dicen: “Y todo afuera era silencio”, y “¿quién es la pareja, el *partenaire* de ese humanoide con dos patas, bípedo sin plumas?” Dicho de otro modo, esa bien lograda figura de los *Gritones* presente, en algún punto, la pregunta (el grito no gratuito y actual de la civilización del Cyborg) sobre cómo adviene la palabra al viviente, cómo nace y se hace al lenguaje, la especie-homo

He ahí un nuevo ciclo: otra serie de cuadros que en movimiento buscan respuesta pictórica en la sombra o el doble que acompaña al personaje, a la figura central del cuadro; sombra y doble que logra ser s-obra al producir un corte con el torbellino que solicita al gesto pictural; ser punto de soporte para el ciclo del tiempo circular mítico, hasta lograr el vacío que lucha por separar la figura corporal de la *sombra que s-obra*. ¡Deténgase, Ud., visitante de la exposición! Deje descansar su mirada, pues este ciclo que ha visto nos lleva a una imagen plástica bien lograda; las figuras se limpian, descansan en sus dos pies, danzan: “El sol vuelve a conversar con la escritura”.

Se impone recordar que en el ámbito de lo universal las esculturas de Giacometti festejan la puesta en pie del hombre. El proceso, en la producción de objetos de arte, desde la mirada del psicoanálisis, es escritura donde el objeto del artista mismo reenvía a un proceso, a una relación con las primeras improntas, las marcas primeras, y estas, a su vez, poseen al artista y lo hacen su propio objeto. Allí cabe situar el problema del lugar del cuerpo en el proceso de creación y notar –inferir– que cuando el artista es poseído por el objeto del arte se da la vuelta, retorna sobre sí mismo como en una banda de *moebius*. Se tratará allí, en esa torsión, de la posibilidad de invención de un objeto nuevo, resultado de hacer función de vacío del objeto perdido, en torno del cual se empeña la mano de Bautista en no soltar la huella que hace memoria en el ciclo del eterno retorno. ■